

de engendrar en ella una guerra civil, mantenida por excomuniones mutuas igualmente apasionadas y coléricas. Así, según San Irineo, no se ayunaba en algunas iglesias mas que un solo día antes de Pascua, mientras que en otras iglesias se ayunaba cuarenta. Y estas divisiones provenian de la falta completa de fijeza así en lo que se relacionaba con el dogma como en lo que se relacionaba con la disciplina y con los cánones. Las herejías acompañaban al dogmatismo cristiano, como la sombra al cuerpo, y servían y cooperaban á la mejor definicion de los dogmas, demostrando cómo nuestro espíritu tiene carácter contradictorio, aunque se refugie en el seno de una comunión que tienda á presentarse como absoluta.

La Iglesia se hubiera quedado completamente adherida á la Sinagoga, de no llevarle todas estas sectas el rico manantial de sus ideas. Mezclábase en ellas, como era natural, mucha escoria, á causa de su derivacion de regiones donde se profesaban teogonías tan opuestas á los principios teológicos del Cristianismo. Pero no se puede negar que la division de la edad cristiana hecha por Montano en edad preparatoria ó de la ley; edad redentora ó de Cristo; edad reveladora ó del Espíritu Santo, abría celajes á la esperanza y apartaba á los primitivos cristianos de los altares judaicos. Sin embargo, convenia al dogma saber hasta qué punto le era dado admitir estas ideas extrañas y á la disciplina saber hasta qué punto le era dado relacionarse con los paganos, con los apóstatas, con los relapsos. Y esta relacion trajo tambien disentimientos grandes, y de naturaleza tan grave y trascendental, como los disentimientos originados por la celebracion de la Pascua. Habia en los primitivos tiempos cristianos un partido, muy pagado de su pureza moral y ortodoxa, y en consecuencia, muy distante de transigir con quien hubiera claudicado ante los ídolos ó tenido complacencias serviles con los magistrados y con los perseguidores. Un sacerdote cartaginés sostenia que la debilidad en tal punto estaba condenada á un castigo sin remision ni en el cielo ni en la tierra. Tanto rigor creó la secta de los novacianos, que estuvo largo tiempo en pugna con la Iglesia católica, la cual en este exceso veia con razon fortísimo ataque á una de sus primeras y mas preciosas facultades; la facultad de remitir y perdonar los pecados. El relacionarse con los paganos, el transigir mas ó menos con los apóstatas y con los relapsos, el vacilar ante las persecu-

ciones, podia ser pecado mortal, pero rescatable por el arrepentimiento y la penitencia del pecador, por el perdon y la misericordia de la Iglesia. Y de esta suerte el dogma y la disciplina se iban definiendo y fijando en el Catolicismo como se define y se fija el sistema en las ciencias y la ciencia en las escuelas por la oposicion lógica de los contrarios.

Bien es verdad que todas estas disensiones dimanaban de la indecision que reina en las ideas y de la incertidumbre que reina en los procedimientos por toda la primera época del Cristianismo. Nada tan válido ni tan santo como el bautismo. Puede decirse que así como la circuncision abre las puertas de la Sinagoga, el bautismo abre las puertas de la Iglesia. El precursor, San Juan, llamado el Bautista, porque todos los días se bañaba de madrugada, llama ya á los fieles á recibir el agua en su frente para regenerarse y aspirar á la comunicacion directa con el cielo y á la confianza en la venida de su enviado para rescatar á los hombres. Así llaman al bautismo los primeros cristianos, en una letanía sin fin, agua viva, regeneracion, renacimiento, gracia, don divino, baño de perfeccion, muerte del pecado, puerto de la inocencia, y otros muchos nombres que seria prolijo enumerar y que prueban cómo este misterioso sacramento abre las puertas de las almas á la verdad y las puertas del cielo á las almas. Cristo, á pesar de haber recibido por la circuncision su entrada legal en la Sinagoga, recibió el bautismo, como si lo necesitara para pertenecer á la Iglesia, de que era cuerpo y alma, y despues de haberlo recibido, se dirigió á sus apóstoles y les dijo la fórmula consagrada en estas sublimes palabras: «Id y evangelizad á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.» En efecto, por medio del bautismo se recibían todos los otros sacramentos, por medio del bautismo se diseminaba y difundía la fe cristiana en la inteligencia, la caridad cristiana en el corazón, la virtud cristiana en las obras, la vida cristiana en todo nuestro ser, la esperanza cristiana allende la muerte. De tal modo comprendían el bautismo que todas las sectas lo practicaban casi igualmente, porque todas lo admitían como iniciacion necesaria en la Iglesia y en la doctrina de Cristo. Parece que no podia haber disentimientos en punto de esta suerte claro y en doctrina de esta universalidad incontestable. Y sin embargo los hubo. La edad, en que debía recibirse el bautismo, la naturaleza y hasta el número de

los padrinos, dieron largo asunto á innumerables controversias. Decíase que los apóstoles recibieron expreso encargo de bautizar á los hombres, pero no de bautizar á los niños; y sobre si el bautismo habia de darse antes ó despues de entrar en la edad de la razon, estallaron graves disputas. Tertuliano combatió el bautismo en la infancia y el cargo inútil de padrino respondiendo por los bautizados. A pesar de los racionios expuestos por el gran padre de la Iglesia occidental, las asociaciones cristianas, temiendo que los niños malogrados perdieran la salud eterna al morir sin el bautismo, los bautizaban al nacer, ó si ponian algun aplazamiento, era el aplazamiento puesto por los judíos á la circuncision, ocho dias despues de la natividad. Cipriano, obispo de Cartago, instituyó el bautismo en el dia mismo del nacimiento, y aumentó sus ritos con la renuncia á Satanás y sus ángeles, las inmersiones en agua bendita, la untura con los sacros óleos y otros muchos cánones análogos. Pero la tésis, que ocasionara mayores disentiimientos, fué la tésis relativa á la validez del bautismo propinado por los herejes. Tertuliano sostenia que no habiendo sino un Dios, un Cristo, un Espíritu Santo, una Iglesia católica, una ortodoxia pura, no podia haber sino un solo bautismo sacramental, á saber, el bautismo eclesiástico. Pero la Iglesia decia que, diferenciándose casi todas las sectas heréticas del catolicismo en principios varios y no diferenciándose en el bautismo y en sus prácticas, convenia prescindir de la persona que lo daba y mirar al sacramento mismo en esencia, y reconocerlo y admitirlo como válido y como cristiano. Pero en el siglo tercero, Agripino, obispo de Cartago, declaró que no bastaba el bautismo herético para entrar en la Iglesia ortodoxa, sino que precisaba una segunda regeneradora ablucion, la cual lavase las manchas del pecado y abriese las vías de la eterna salud á las almas. Solo en Africa prevaleció durante mucho tiempo semejante doctrina, hasta que Cipriano la restauró con celo y exaltacion, que rayaban ya en fanatismo. El Papa Estéban opuso á las ideas de su hermano en Cristo los reparos de la costumbre y de la tradicion, lo cual trajo un concilio de padres orientales, resueltos á sostener la validez exclusiva del bautismo católico. Viéndose Estéban de esa suerte contrariado, lanzó nada menos que la excomunion mayor sobre el Africa y el Oriente. San Cipriano, con todo su genio y todos sus servicios, murió por causa de este disentiimiento excomulgado, y

la Iglesia universal adoptó primero las opiniones de Roma y luego mas tarde, las opiniones de Africa y de Oriente, demostrando de esta suerte su incertidumbre en la disciplina y en el dogma, lo cual daba ancho vado á la difusion de las herejías y muchos motivos al nacimiento de las sectas.

No debe extrañarse, pues, que allá, por Antioquía, se presentara un obispo, como Pablo de Samosata, negando la divinidad de Cristo; y teniéndolo por un profeta superior á Moisés, mas puro y mero profeta. No hay duda, no puede haberla respecto á un punto histórico clarísimo, respecto á las dudas y vacilaciones que reinaron mucho tiempo en las asociaciones cristianas, mas ó menos ortodoxas, sobre la divinidad de Cristo. El gran historiador eclesiástico, Eusebio, en el libro IV, capítulo décimoquinto, y en el libro V, capítulos primero y vigésimoctavo, refutando con todo vigor á cuantos niegan la divinidad de Cristo, refiere la suerte de estos sectarios, diciendo que pretendian derivar su doctrina de los primeros discípulos y apóstoles, y haberla conservado pura en el seno de la Iglesia ortodoxa, hasta el obispo romano Víctor XIII, sucesor de San Pedro, que la mantenía como ellos y no sospechaba que pudiese su inmediato sucesor Ceferino contradecirla y proclamar el dogma de la divinidad de Cristo, admitido despues por toda la Iglesia y por la universalidad de los creyentes. Pablo de Samosata, á pesar de haber subido á la silla episcopal de Antioquía, profesó, aunque con algunos variantes, la doctrina de la humanidad de Cristo. Segun su sentir, Cristo no es mas que un hombre, como todos, señalado por un designio providencial de Dios á un privilegio, debido á la excelencia de su alma y á la copia de sus virtudes, al privilegio de revelar la verdad religiosa entre los hombres. Brillantes cualidades adornaban á Pablo, sede altísima le sostenía, y su doctrina expresada en palabras de una grande elocuencia, divulgábase con tanta rapidez y tanto crédito que precisaba detener el torrente, impidiendo una maléfica inundacion. Seiscientos obispos se reunieron al eco de aquel renombre para examinar las doctrinas esparcidas desde una ciudad, que abrigara en todo tiempo una Iglesia de primer orden, revestida con una indisputable autoridad. Un concilio se reunió, pero como Pablo presintiera el daño que personalmente podian hacerle de condenar su doctrina, la recató con sigilo y aguardó para mostrarla en toda su desnudez á que el concilio se disolviera y los obispos se hallaran

inhabilitados para inferirle daño de ninguna especie. Hablaba y escribía el elocuente Heresiarca bajo la protección de Zenobia, su reina, que siendo judía de origen, deseaba, para dar mayor lustre á su nombre y mayor extensión á sus ya dilatadas conquistas, un retroceso lento y gradual del Cristianismo al judaísmo. Y ninguna doctrina tan propia para producir en el Cristianismo una reacción judía, como la doctrina que tendiera por todas sus ideas á convertir á Cristo en profeta de Jehová cual todos los profetas antiguos. Pablo servía los intereses de Zenobia al par que propagaba las ideas más caras á su propia inteligencia. Pero todo el poder de Zenobia no alcanzó á librarle de la censura y de la condenación eclesiástica. Seguros de su causa, pero temerosos de su acerada dialéctica y de la brillantísima forma del sirio, los obispos ortodoxos encargaron la defensa de principio tan creído en la Iglesia universal, como el dogma de la divinidad de Cristo, á un sofista, á un retórico, á un argumentador, que ni cristiano era según la tradición, como pudiesen los clientes encargarse un pleito á cualquier abogado. Aunque Pablo se defendió con brillo, no pudo exentarse de una sentencia inapelable, y según usanza de aquellos tiempos, á la sentencia precedía larga indagación de las costumbres y de la vida del sentenciado. Acusábanle de prometer sin reserva y de cohechar sin medida; decíanle inflado de orgullo y captador de todas las dignidades mundanales; presentábanle rodeado de pompa, en trono altísimo, con todas las insignias y todos los atributos de las potestades civiles; echábanle en rostro que gesticulaba como un titiritero y que pedía loores y aplausos como un comediante; por todo lo cual arrojábanlo fuera de la Iglesia, en justo castigo á la perversidad de su vida y en justa condenación á la heterodoxia de sus ideas.

La verdad es que, no solamente la doctrina herética de Pablo de Samosata, sino también la vida escandalosa le atrajeron aquella persecución de sus colegas, que rayara al fin y al cabo en verdadero encarnizamiento. Nada más necesario á las sectas cristianas, en este período, que mantenerse alejadas del poder civil, esencialmente pagano y apercebido á ofrecer de continuo en las aras idólatras el holocausto de las víctimas cristianas, entre los aplausos y los vítores de las ciegas muchedumbres. Mas como quiera que la animosa Zenobia sostuviese, en su ardor y en su ambición, cruenta guerra con los ro-

manos; lo alto, lo atrevido de esta empresa la venció, cayendo bajo la inmensa pesadumbre de aquel intento, verdadero desafío á la fatalidad reinante entonces sobre el mundo social, verdadero desafío á la incontrastable dominación de Roma. La analogía entre la política de Zenobia y la ciencia de Pablo, entre el restablecimiento del reino judaico y el restablecimiento del clero bíblico, resultaba tan manifiesta que los cristianos mismos ortodoxos, no obstante llevar en su cuerpo las señales del martirio infligidas por los Césares, le mostraron á un César, al vencedor Aureliano, toda la trascendencia social del principio teológico de Pablo y consiguieron que lo extrañase de Antioquía, que lo depusiese de su sede episcopal, y que le negara toda jurisdicción eclesiástica.

Nada se pierde en el mundo; todo se transforma. No puede destruirse un átomo hasta el aniquilamiento, ni apagarse una idea hasta la extinción. Las teogonías asiáticas, que rodeaban como un círculo de serpientes el templo de Jehová, no pudieron prevalecer sobre los sacerdotes judíos; pero, transformadas en la religión pagana y trasferidas de la religión pagana á la filosofía griega, quisieron transformar el Cristianismo para detener la expansión de Occidente. Aquella tentación del paraíso, que obliga tristemente á la pobre Eva á salir del seno de la naturaleza, donde se hallaba revestida de pura inocencia y entrar en los combates del error y del pecado; aquella tentación se repite mil veces en la historia; y la serpiente oriental trata de envenenar, de hechizar, de perder, de destruir al Occidente. Los unicornios, las esfinges, los colosos venían del desierto á Jerusalén y rodeaban el templo para sitiario como la fortaleza del Dios único y de la idea metafísica, en que había de beber su vida todo el Occidente. Pues así como la serpiente tentó á Eva, Nínive y Babilonia tentaron á Jerusalén con sus ídolos; y así como Nínive y Babilonia tentaron á Jerusalén con sus ídolos, Cleopatra tentó á la Roma pagana con sus amores y con sus hechizos; y así como Cleopatra tentó á la Roma pagana con sus amores y con sus hechizos, la herejía gnóstica, persa por un aspecto, caldea por otro, siria y egipcia, quiso tentar al Cristianismo, llevándole á su seno como rendidos y cautivos los dioses orientales destinados á levantarse en tropel cual las larvas en primavera, y á devorarlo y á consumirlo si el Cristianismo los hubiera en su seno admitido. Pero, viendo el